

aceptar una lucha cuyo éxito no es dudoso. Nuestros gritos de guerra han quedado hasta ahora sin respuesta. Los ecos del Rin continúan mudos. Si la Prusia nos hubiese hablado el lenguaje que ahora habla la Francia, ya estaríamos en camino.»

Así se figuraban en París las consecuencias de la declaración del 6 de julio. Se creyó que el rey Guillermo pediría satisfacción por tan grosero reto, satisfacción que se le negaría; que se pedirían en cambio garantías imposibles y que entonces el rey declararía la guerra; ó bien el rey no pediría satisfacción, pero por despecho mantendría la elección del príncipe de Hohenzollern, en cuyo caso le declararía la Francia la guerra para obtener las garantías pedidas. Con uno de estos dos casos se contaba de seguro, porque parecía imposible que pasaran las cosas de otra manera. Y pasaron, sin embargo, gracias al amor á la paz y á la longanimidad del rey Guillermo. Si la guerra al fin fué declarada, fué al parecer á consecuencia de entrevistas diplomáticas celebradas en Ems, á lo cual se debe que el mundo haya perdido en parte de vista la decisión del gobierno francés de hacer la guerra, decisión que estaba ya manifiesta en su declaración del 6 de julio.

Los alaridos belicosos de la prensa francesa no dejaron oír tampoco la voz del ministerio de Madrid, que en seguida, el 7 de julio, tomó la palabra pública y solemnemente para desmentir la declaración del duque de Gramont. Envió una circular á los representantes de España en el extranjero, y la publicó sin dilación, en la cual Sagasta, ministro español de Negocios extranjeros, declaraba los motivos que indujeron al ministerio á tomar en 4 de julio su resolución tocante á la candidatura del príncipe de Hohenzollern, el cual una vez elegido y sentado en el trono de San Fernando sería español y fiel á la constitución enteramente democrática que había de jurar, como primer funcionario de la nación, y tendría que hacer únicamente política española, es decir, neutralidad completa en los asuntos exteriores. Al final de la circular decía: «Por estos motivos, usando el gobierno de su libertad de preparar una solución monárquica, ha obrado bajo su propia responsabilidad, y se ha entendido con el príncipe Leopoldo sin pensar ni un solo instante que tendría que contar con la mas insignificante influencia de un gabinete extranjero, á lo cual se habría opuesto su honor. Sobre este punto llamo muy especialmente la atención de V. E., porque importa mucho hacer constar que el gobierno del regente escucha en este asunto solo sus propias inspiraciones y que en todo este asunto no ha guiado al presidente durante el curso de la negociación ningun interés nacional extraño ni mucho menos extranjero (1).»

Al día siguiente tomó la palabra Salazar y Mazarredo, el diputado á cortes que había estado encargado de la negociación y que volvió á publicar con un nuevo prefacio un folleto que había publicado ya en 23 de octubre de 1869, sirviéndose para su publicación de la *Gaceta de Colonia*. En este escrito decía que el gobierno prusiano no se había mezclado en este asunto, y que el rey de Prusia había quedado sorprendido cuando el príncipe, que es mayor de edad, le hizo saber en Ems su resolución definitiva como un acto de cortesía.

Como la renuncia del gobierno español á este candidato era equivalente á renunciar á la monarquía, no cedió en este asunto hasta que se hubo convencido de que se tomaba en París mas seriamente de lo que Prim había creído en el primer momento. El gobierno inglés, el ministerio Granville-Gladstone, fué el que á solicitud del gobierno francés, en 6 de julio,

(1) Angeberg: *Recueil*, pág. 35.

se mostró dispuesto á encargarse de los asuntos de Francia en Berlin y en Madrid. En 6 de julio escribió Granville á Berlin y al día siguiente á Madrid para encargar á sus embajadores que disuadiesen á los respectivos gobiernos de la elección del nuevo rey. El gobierno inglés creía firmemente en la sinceridad del duque de Gramont y que la paz quedaria asegurada si la elección proyectada no se verificaba. Solo el embajador inglés en París, lord Lyons, no participaba de esta opinión, porque había oído el 5 de julio al ministro Ollivier, que pasaba por amigo de Alemania, expresarse con excepcional violencia respecto de la citada candidatura; y sin embargo le sorprendió todavía mucho mas la declaración del día 6, que en su despacho pintaba perfectamente la opinión pública (2). El mismo embajador observó por la tarde del día 7 al duque de Gramont que un lenguaje mas templado habria facilitado la negociacion con España y Prusia y la retirada de la candidatura del príncipe. Tambien le expresó el conde de Solms, encargado de Prusia, su sorpresa de que el duque de Gramont no hubiese aguardado el regreso del baron de Werther, que había emprendido el viaje de acuerdo con él para comunicar á su soberano la opinión del gobierno imperial.

En Madrid había dicho el general Prim que ya se había pensado que habria alguna agitación en París á la primera noticia, pero que el gobierno francés, despues de meditarlo bien, se convencería de que esta elección era la solución inevitable de la cuestión española. Sin embargo, por la tarde del 7 de julio á las cuatro y veinte minutos telegrafió el representante de Francia, Mercier de Lostende: «He visto al general Prim y le he comunicado las impresiones del emperador. Se repitió nuestra conversacion de ayer, bien que con mas energía por mi parte. Finalmente me ha dicho: «¿Cómo salir de esta situación? Solo veo un medio: que el príncipe me diga que encuentra dificultad en obtener el consentimiento del rey; entonces yo, en lugar de insistir, le facilitaré la renuncia.» Yo le dije: «Dé usted el primer paso.» Él me contestó que esto no lo podía hacer y me suplicó no mencionase que él había indicado esta salida. Me parece que difícilmente querrá ir mas lejos.»

Si el embajador inglés Lyons había quedado sorprendido de la declaración del 6 de julio, mas lo quedó de la que le hizo el duque de Gramont personalmente dos días despues, á saber: que no tenia todavía contestacion del gobierno prusiano y que este silencio hacia imposible que el gobierno se abstuviera por mas tiempo de ordenar preparativos militares; que ya se habían tomado algunas disposiciones y que al día siguiente las autoridades militares se dedicarían seriamente al trabajo, y un consejo de ministros resolvería veinticuatro horas despues el movimiento de las tropas. El embajador inglés expresó su sorpresa y sentimiento de que el gobierno francés procediera con tanta precipitación, á lo cual Gramont contestó que no podía esperar mas tiempo, porque tenia motivo para suponer que el rey de Prusia desde un principio había tenido noticia de las negociaciones de Prim con el príncipe; de suerte que en su mano estaba dar una prueba de amistad á la Francia prohibiendo al príncipe aceptar la corona de España, y que el silencio ó contestaciones evasivas debían ser consideradas como una negativa. Esta era una de las soluciones recomendada por Gramont, el cual todavía tenia otra, que recomendó con mucha insistencia al gobierno inglés y que consistía en que el príncipe de Hohenzollern renunciara por su propio impulso á sus pretensiones á la corona de España, trono, decía Gramont, que segura-

(2) Véanse sus despachos del día 7 de julio en Angeberg: *Recueil* tomo I, pág. 41.

mente había aceptado con el deseo de hacer un bien á su segunda patria; pero cuando viera que su elección envolvería á España en una guerra interior y otra exterior y precipitaría por igual á su patria primitiva como á su patria adoptiva y á la Europa en una gran lucha, no querría cargar con semejante responsabilidad. En opinión del duque de Gramont la renuncia voluntaria del príncipe sería una solución muy feliz de cuestiones difíciles y complicadas, y por tanto suplicaba al gobierno inglés que emplease toda su influencia en este sentido (1).

Esta segunda solución se realizó, en efecto, cuatro días despues, y entonces tuvo lord Lyons otra sorpresa mucho mas grande que las anteriores.

## CAPITULO V

### EL REY GUILLERMO Y EL CONDE BENEDETTI EN EMS

En 15 de julio fué preguntado al duque de Gramont en el cuerpo legislativo, y año y medio despues lo fué por la comision de informacion parlamentaria, lo que el conde Benedetti había pedido al gobierno prusiano en Ems y lo que había estado encargado de pedirle, y si lo que pidió el primer día fué modificado en sentido mas acre, que debía influir en la actitud del rey. La contestacion á esta pregunta se encuentra en las instrucciones que en la noche del 7 de julio dirigió Gramont á Benedetti y que éste ha publicado. En estas instrucciones descubre el duque mucho mas de lo que intenta ocultar en su libro.

A las once y cuarenta y cinco minutos de la noche del día 7 de julio telegrafió el ministro á Benedetti, que se hallaba con licencia en Wildsbad: «Pase usted á Ems, á donde un agregado que saldrá de aquí mañana temprano le llevará instrucciones. Este agregado llegará á Ems á las once de la noche. Sírvese usted prevenir al administrador de la estación dónde le encontrará el agregado (2).» El despacho que llevaba el agregado, que era el baron de Bourqueney, y una carta confidencial que le acompañaba, contenían las instrucciones; pero éstas no eran enteramente iguales. En el despacho oficial se le encargaba informarse de las verdaderas intenciones de la Prusia respecto de la elección al trono de España, atendido que el secretario Thile se había excusado de darlas, y sobre esto decía el despacho: «Si el jefe de la familia Hohenzollern se ha mantenido hasta ahora indiferente en este asunto, le pedimos que no continúe en esta actitud y le suplicamos que influya en el príncipe, si no con sus órdenes, á lo menos con sus consejos. Estos consejos ejercerían una influencia decisiva sobre la resolución del príncipe, harían un gran servicio á la causa de la paz y robustecerían las buenas relaciones de la Prusia con Francia. Penétrese usted bien de esto; haga usted valer estas consideraciones cerca del rey y procure obtener de éste que aconseje al príncipe de Hohenzollern que retire su aceptación.» Por manera que se pedía solo el consejo de retirar la candidatura. La carta confidencial que acompañaba al despacho y que Gramont había escrito tambien á media noche del día 7, empezaba en estos términos: «Querido conde: Le envío al joven Bourqueney con un despacho cifrado para que usted me comunique tan pronto como sea posible el resultado de su entrevista con el rey. Sabemos por confesiones del mismo príncipe que ha convenido todo el asunto con el gobierno prusiano, y no podemos admitir la contestacion evasiva con que el señor de Thile trata de salir de la alter-

(1) Véase Angeberg: *Recueil*, tomo I, pág. 51.

(2) Benedetti: *Mi mision en Prusia*, pág. 315.

nativa en que le hemos puesto.» Desde luego resalta en estas líneas una mentira grosera, porque el príncipe jamás hizo confesion alguna á un francés sobre sus negociaciones con Prim, ni mucho menos lo habria hecho contra la verdad. Luego continúa la carta confidencial: «Es preciso que usted logre una contestacion decisiva que esté seguida de sus consecuencias naturales. La única contestacion que nos contentaría y que evitaria la guerra sería que el gobierno del rey desaprobara la aceptación hecha por el príncipe de Hohenzollern y que le diese órden de revocar esta resolución, tomada sin su permiso. Entonces será menester hacerme saber si el príncipe, obedeciendo á esta intimacion, renuncia oficial y públicamente á su candidatura.»



El duque de Gramont  
(segun el grabado de A. Werger, copia de una fotografia)

En el despacho se encarga al embajador que obtenga del rey que aconseje al príncipe su renuncia, y en la carta se encarga al mismo obtenga del rey que ordene al príncipe la renuncia; y sigue la carta: «Tenemos mucha prisa, porque en caso de una contestacion insuficiente hemos de sentar la primera baza, y el sábado ha de empezar la marcha de las tropas para que podamos entrar en campaña dentro de quince días.»

Esto lo escribió el duque el jueves por la noche; Benedetti y Bourqueney necesitaban el viernes para presentarse en Ems, de suerte que quedaba solo el sábado para hacer la pregunta al rey, cuya contestacion había de decidir de la guerra ó de la paz. Hoy se sabe la causa de tanta prisa; por que si en estos quince días no movilizaba la Francia 400,000 hombres y los colocaba en territorio alemán, el Austria y la Italia no pondrían en campaña sus ejércitos, pues que necesitaban seis semanas por lo menos para la movilizacion. Para que pudiesen estar en campaña á principios de setiembre era preciso que la Francia declarara la guerra y llamara á sus reservas lo mas tarde á mediados de julio.

La carta confidencial continúa: «Usted citará al rey todos los ejemplos que conoce de coronas cuya aceptación se ha prohibido á ciertos príncipes por motivos políticos: la exclu-